

La comunicación como objeto de estudio: entre las relaciones humanas y los medios



Miriam Herrera Aguilar*

Recepción: 2 de abril de 2009
Aceptación: 29 de enero de 2010

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales,
Universidad Autónoma de Querétaro, México.
Correo electrónico: miriam_herrera@yahoo.com

Resumen. Las reflexiones que aquí se presentan parten de la idea de que la comunicación no se reduce a los medios de información y comunicación, que también incluye la concepción del individuo en su relación con el otro dentro de un contexto social y cultural. Se propone comprender el objeto de estudio de la comunicación desde un sentido amplio, para lo cual se retoma la discusión sobre el estatus de la comunicación como ciencia.

Palabras clave: comunicación, medios, relaciones interpersonales, epistemología, ciencia.

Communication as a Matter of Study: Between Human Relationships and Media

Abstract. Our reflections start from the conception that communication is not reduced to media, but includes the personal relationships within a social and cultural context. We suggest that communication should be studied from a broad approach that lead us to discuss communication in a scientific status.

Key words: communication, media, personal relationships, epistemology, science.

Introducción

En la primera parte de estas reflexiones, nos proponemos especificar la noción de comunicación desde un sentido amplio para con ello cuestionarnos sobre el campo de estudio de este quehacer social; consideramos que el desarrollo de las teorías de la comunicación en un contexto de progreso científico y técnico han empujado a sus estudiosos a ocuparse casi exclusivamente del estudio de los *media* dejando de lado los procesos de comunicación humana también meritorios de observar. En una segunda parte, retomamos el cuestionamiento sobre el estatus de la comunicación como ciencia, dentro de este debate tomamos postura, ya que consideramos que esto permite estructurar mejor un acercamiento a los fenómenos que nos ocupan.

1. El objeto de estudio de la comunicación ¿Qué es la comunicación?

La comunicación se revela hoy como un quehacer tan antiguo como la humanidad, como un término omnipresente en los discursos locales, nacionales e internacionales, como una profesión de moda, pero también, como un concepto poco comprendido incluso por quienes incursionamos en este campo de estudio. Por ello, nos permitimos empezar esta discusión acudiendo a las definiciones que se han hecho de la comunicación.

Si acudimos a una fuente básica como el *Diccionario de la Real Academia Española* (2001) tenemos un primer acercamiento. Encontramos que *comunicación*: se deriva del latín

communicatio que significa: acción y efecto de comunicar o comunicarse. Trato, correspondencia entre dos o más personas. Transmisión de señales mediante un código común al emisor y al receptor. Unión que se establece entre ciertas cosas, tales como mares, pueblos, casas o habitaciones, mediante pasos, crujías, escaleras, vías, canales, cables y otros recursos. Después de ofrecer estas definiciones, el diccionario sugiere ver *medio de comunicación* y *vía de comunicación*. Para tratar de complementar esta información consultamos el término *comunicar* que es, según esta misma fuente: “Hacer a otro partícipe de lo que uno tiene”, entre otras definiciones.

Esta búsqueda no nos da como resultado algo más completo de lo que el imaginario común nos ofrece. Esta

afirmación no debe interpretarse como una exigencia a la Real Academia de la Lengua de profundizar en el término. Solamente, cabe señalar que estas respuestas, en su conjunto o de forma individual, podrían ser también aquellas que da un estudiante de comunicación a la pregunta: ¿qué es la comunicación? y donde seguramente encontraríamos una extensión directa a los medios de comunicación.

Con cierta humildad filológica investigamos el significado etimológico del término comunicación. Esta breve revisión histórica deja ver que el concepto surge a partir de una noción más compleja que la de “hacer a otro partícipe de lo que uno tiene”. Alrededor del siglo XIII, el término “comunicación” se retoma del latín *communicatio* que significa “poner en común, intercambio de ideas, acción de dar a conocer”. Hacia finales del siglo XIV, la noción se introduce en la lengua francesa con el sentido general de “forma de estar juntos” y se plantea como un “modo privilegiado de relaciones sociales” (Rey, 1998).

Como se puede observar, desde su origen, la comunicación implica una reciprocidad que va más allá del sentido unidireccional que muchas veces encontramos, implícita o explícitamente, en la práctica de la comunicación como campo de estudio. El quehacer de comunicar se revela complejo.

2. La comunicación y sus modelos de interpretación

Si revisamos el tratamiento de las teorías contemporáneas de comunicación, que se desarrollan principalmente en el siglo que acaba de concluir, y con ello los diferentes modelos de interpretación del proceso de comunicación, sobre todo los llamados lineal y dinámico (Nosnik, 1996), se observa una separación entre éstos y la concepción “primera” de la comunicación.

No se pretende aquí profundizar en el desarrollo de las teorías de la comunicación, pero para ejemplificar la afirmación arriba planteada podemos retomar los dos primeros modelos de comunicación: el primero, “Quién dice qué, a través de qué canal, a quién y con qué efecto” propuesto por el politólogo Harold Lasswell (1948) y reforzado por el matemático e ingeniero Claude Elwood Shannon (1948), quien interpreta este proceso como “la reproducción exacta o aproximada de determinado mensaje de un punto a otro”, se enriquece con las aportaciones de Melvin de Fleur (1966), quien hace surgir el rol que juega la “retroalimentación” haciendo más complejo el esquema lineal y delineando el segundo modelo. Aún tomando en cuenta la “retroalimentación”, que permite pasar de un modelo lineal de la comunicación a uno dinámico, las reflexiones de los padres fundadores de las teorías de la comunicación se ven rápidamente rebasadas por una concepción del quehacer comunicativo que data de siete siglos atrás y más aun, si tomamos en cuenta las prácticas y reflexiones que se hacen de la comunicación en Grecia durante la época helenística.

En este contexto, Abraham Nosnik (1996) propone una concepción de comunicación que vaya más allá de las etapas lineal y dinámica, pero fincada en los logros de estas mismas. El investigador mexicano llama comunicación productiva a esta nueva forma de concebir y llevar a cabo el proceso de la comunicación. En ésta:

[...]el proceso de la comunicación comienza[...] con la retroalimentación del receptor a su fuente y esta última, junto con el primero, trabajando para que dicha retroalimentación se convierta en un cambio progresivo, innovación o mejora que transforme el sistema (sea cual fuere éste) para beneficio de ambos (Nosnik, 1996).

Este tercer modelo, que habla de una comunicación que, además del intercambio dinámico de los roles de emisor y de receptor, busca el beneficio de todos los participantes, se acercaría más a lo que aquí hemos llamado la concepción “primera” de la comunicación.

Resulta paradójico pensar que el modelo más reciente es el que más se acerca a un lejano punto de partida. ¿Qué ha generado, no que la práctica de la comunicación, sino que el estudio de ésta se haya alejado de esta concepción “primera”? ¿Este “poner en común”, esta “forma de estar juntos”, reflejados en un “modo privilegiado de relaciones sociales”, no tendrían que conformar la base del objeto de estudio de la comunicación? ¿Por qué estas concepciones aparecen minimizadas en un imaginario donde los medios de comunicación se revelan como privilegiado objeto de práctica y estudio de la disciplina que nos ocupa?

3. Tecnocracia ¿ideología de los estudiosos de la comunicación?

Las posibles respuestas a las preguntas arriba planteadas las podemos encontrar en las aportaciones de Jürgen Habermas, cuyas reflexiones, se considera, entremezclan el filósofo, el sociólogo, el comunicólogo, el psicólogo y el político. Pareciera que los estudiosos de la comunicación nos movemos en una “civilización determinada por la ciencia y la técnica” (Habermas, 1968: 117) y, de ser así, formaríamos parte del problema que teóricamente deberíamos estudiar.

No es por azar que Habermas inicia sus reflexiones en *Ciencia y técnica como “ideología”*, retomando el proceso de formación del espíritu según Hegel. De forma sintetizada, podemos decir que el espíritu está conformado por uno subjetivo y otro objetivo. El espíritu subjetivo “se refiere a aquellas determinaciones que caracterizan las relaciones

del sujeto cognoscente y agente consigo mismo” (Habermas, 1968: 13). La comunicación intrapersonal. El espíritu objetivo se puede interpretar como la relación entre el sujeto y el objeto. Esta correspondencia va a estar mediada, según Hegel, por tres modelos dialécticos básicos: el lenguaje, conformado por símbolos legados por la tradición; el trabajo, con el que a través del instrumento el hombre se relaciona con la naturaleza, y la familia, entendida como la interacción entre grupos primarios cuya base es la reciprocidad. Estas categorías, señala Habermas, cubren la dimensión de la existencia externa. Tenemos pues, que tanto en la reflexión sobre sí mismo como en su relación con el mundo, el hombre construye su espíritu y la especie a través de la comunicación.

Más adelante, Habermas (1968: 49-50) pondrá el acento entre la conexión existente entre trabajo e interacción. El pensador alemán señala que:

[...] la actividad productiva regula el metabolismo de la especie humana con la naturaleza [y...] el empleo de los instrumentos establece una mediación entre el sujeto que trabaja y su entorno natural.

En este contexto, Habermas observa el desarrollo de una actividad económica capitalista donde en paralelo se da la industrialización del trabajo social y, como consecuencia, los criterios de la acción instrumental penetran también otros ámbitos de la vida, como la urbanización de las formas de existencia y la tecnificación de la comunicación. De este modo, empiezan a desmoronarse las viejas legitimaciones; este desencantamiento de las cosmovisiones, nos dice el autor, implica la pérdida de su capacidad de orientar la acción y la tradición cultural en su conjunto (Habermas, 1968: 53). Esta progresiva “racionalización” de la sociedad

—definida según Max Weber— se debe a la institucionalización del progreso científico y técnico.

Por su parte, Herbert Marcuse observa una especie de represión en la “intensificación del sometimiento de los individuos al inmenso aparato de producción y de distribución, en la desprivatización del tiempo libre, en la casi irresoluble fusión del trabajo social productivo y destructivo” (citado en Habermas, 1968: 56). Sin embargo, esta represión puede no ser percibida por la población, observa el filósofo alemán, puede legitimarse apelando a “la creciente productividad y creciente dominación de la naturaleza, que también proporcionan a los individuos una vida más confortable” (Marcuse citado en Habermas, 1968: 56). De esta manera, afirma Marcuse, la ciencia y la técnica se conforman como una ideología.

Esta institucionalización del progreso científico y técnico, y su consecuente legitimación por parte de los individuos, se va a traducir en una conciencia tecnocrática en la que, según Habermas (1968: 99) el mundo de la ciencia transmigra al Mundo socio-cultural de la vida, adquiere un poder objetivo sobre la autocomprensión y viola un interés inherente a la existencia cultural: el lenguaje. Esto, porque a través del lenguaje ordinario, se da una comunicación que determina tanto una forma de individuación como de socialización.

Esto no significa que dentro de las sociedades tecnocratizadas la comunicación interpersonal se vea sustituida por una comunicación mediática tecnificada. Más bien las relaciones humanas se ven deterioradas en su esencia. En la conformación de su espíritu subjetivo y de su espíritu objetivo, el individuo va a encontrar diversos obstáculos entre los que prevalecerán los productos del progreso científico-técnico y los legitimará.

En este contexto, proponemos regresar al punto que nos llevó a revisar las reflexiones de Jürgen Habermas; los estudiosos de la comunicación ¿nos movemos en una civilización determinada por la ciencia y la técnica, sobre todo cuando este binomio se concreta en medios de comunicación?

El desarrollo científico-tecnológico genera problemáticas en las que los investigadores de comunicación se muestran particularmente interesados, lo que se revela legítimo. Sin embargo, Gaëtan Tremblay (1995: 4) considera que “nos falta a menudo la distancia necesaria para un análisis riguroso e imparcial de los fenómenos que estudiamos”. Nuestro discurso, señala el comunicólogo canadiense, frecuentemente, no se demarca de aquel de los promotores políticos y económicos de las tecnologías de la comunicación.

Tremblay observa que quienes hemos escogido consagrar nuestra vida profesional al estudio de la comunicación somos espontáneamente simpáticos a la idea de que evolucionamos hacia una “sociedad de la información”, más justa, próspera y democrática; esto significaría que “nuestro trabajo se sitúa en el corazón del cambio que caracteriza las sociedades contemporáneas” (1995: 6). Los estudiosos de la comunicación, agrega el autor, también:

[...] somos propensos a acordar una gran importancia, a veces desmesurada, a los medios de comunicación... Razonamos frecuentemente como si la tecnología gozara de un estatuto de autonomía e independencia en relación a las estructuras socioeconómicas y a los juegos de los actores (Tremblay, 1995: 7).

Además, cuando estudiamos las circunstancias en que se desarrollan los medios de comunicación, y en especial las llamadas nuevas tecnologías de la información y de la comunicación:

[...] tendemos a presentar las consecuencias positivas como inevitables[...] derivando naturalmente de la instalación y utilización de las técnicas, mientras que las consecuencias negativas son consideradas como simples posibilidades que pueden ser evitadas o minimizadas por medio de una política o estrategia adecuada (Tremblay, 1995: 9).

Según Tremblay (1995), estas actitudes de los estudiosos de la comunicación se revelan como obstáculos epistemológicos en el estudio de los fenómenos que observamos y considera que su evocación debería servir para ponernos en guardia contra nosotros mismos y despertar un sentido crítico en nuestro quehacer profesional. “Esta tendencia a situar la técnica en el centro de nuestra gestión –agrega este investigador– debe ser cuestionada” (Tremblay, 1995: 8).

Sería preciso, entonces, replantearnos el campo de estudio de la comunicación alejados de una perspectiva tecnocrática para abordarlo desde un sentido más amplio, ¿por qué no? desde la concepción “primera” de la comunicación. Esto implicaría, además de estudiar los fenómenos producidos a partir del desarrollo y uso de los medios de comunicación, observar también el quehacer comunicativo como esencia del hombre y, como consecuencia, de su cultura. Todo esto, desde un punto de vista crítico.

Partiríamos entonces de la concepción que “la comunicación no se reduce a las técnicas, sino también traduce los lazos que unen hombres y sociedades a través de sus dimensiones cultural y social” (Wolton, 2000: 11). Así, el hombre se concibe en su relación consigo mismo, con el otro, con las instituciones, con las ideologías, con su medio físico; lo que incluye los medios de información y de comunicación.

4. El estudio de la comunicación, más allá de los medios de difusión

Esto último envuelve una noción sobre la que aún habría que reflexionar: los medios de información y de comunicación. ¿Es necesario hacer la distinción entre información y comunicación?

En este sentido, a finales de los años ochenta, Felipe López Veneroni (1989: 7), en el prefacio de su obra *La ciencia de la comunicación: Método y objeto de estudio*, nos alerta ya sobre la diferencia que implica el estudio de los medios –que él prefiere llamar– de difusión y el estudio de la comunicación. Este autor anota al mismo tiempo que “en la mayoría de las latitudes estas diferencias parecen no ser advertidas, sea en el campo de la formación académica, sea en la investigación”. Han pasado casi dos décadas desde que se formularon estas observaciones y parece que seguimos sin tomar seriamente conciencia de esta diferencia.

No se trata en lo absoluto de menospreciar los estudios serios que se hacen sobre los medios de comunicación, llámense tradicionales o nuevos, ya que coincidimos con el planteamiento que los problemas que atañen a la comunicación y sus medios “corresponden al mismo universo de referencia objetivo: el universo de lo social” (López, 1989: 7). Se trata más bien de ampliar nuestra comprensión, y por ende nuestros horizontes, con respecto del objeto de estudio que nos atañe.

Para ello nos permitimos retomar la diferencia que hace López (1989:7) entre información y comunicación:

[...] la información resulta –aún en sus formas más complejas– un fenómeno de carácter reproductivo del orden social[...] supone ya y requiere de un discurso socialmente establecido

Las nociones de tiempo reversible y tiempo irreversible establecidas por Pierre Bourdieu (1973, citado en López, 1989: 9), sirven al investigador mexicano para continuar la diferenciación entre lo informativo y lo comunicativo:

[...] En la esfera de la información, el carácter preelaborado de los mensajes y la interacción de los medios tecnológicos en su circulación y recepción, permiten operar un proceso en sentido contrario a la temporalidad real en la que transcurre la práctica social, es decir, convierten en reversible su propio sistema de representaciones (1989: 8).

López Veneroni considera que alrededor de la elaboración de los contenidos de la información existe un proceso de selección en cuanto a la forma discursiva de cada mensaje, a su contenido, a su duración; “durante y después del proceso de emisión del mensaje, su estructura y contenido pueden editarse, transformarse, adecuarse a un propósito distinto del original” (López, 1989: 8). En este sentido, la información puede reproducir la realidad o concretarse en un discurso al que se le añaden significaciones artificiales.

El autor mexicano apunta que la comunicación:

[...] resulta un fenómeno constitutivo de la sociedad, es decir, una práctica estructurada del mundo de lo social[...]. Su planteamiento implica problemas de formulación conceptual respecto de la *praxis* y su crítica, que van más allá de una taxonomía formal o de carácter academicista[...] (López, 1989: 7).

La comunicación se construye, puede también destruirse y reconstruirse, pero no por profesionales, sino por los actores mismos de las sociedades y las culturas. López, (1989) retoma la concepción “primera” de la comunicación, de la

que ya hemos hablado, para continuar la distinción que nos ocupa:

[...] la comunicación está formalmente comprendida en la *comunidad* (es decir, en la unidad de lo común); se implica en su génesis, su permanencia y en sus transformaciones, como el *sensu communis* inmanente en toda relación social e inalienable de cada uno de sus individuos[...] es anterior a cualquier forma de mediación tecnológica (López, 1989: 8).

En cuanto a su temporalidad, ésta no puede ser alterable, en comparación con la de la información.

[...]La esfera de lo comunicativo, como todo fenómeno específicamente social, transcurre por contra dentro de una temporalidad irreversible, es decir, en la que el discurso forma parte intrínseca de las relaciones práctico-pensantes en estado de flujo continuo, que no están predeterminadas ni pueden calcularse. (López, 1989: 9).

Con base en esta distinción, podemos decir, por un lado, que es legítimo hablar de medios de información y de comunicación; puesto que los primeros tienen la función de informar (como la prensa, la radio, la televisión y otras “nuevas” telecomunicaciones) y los segundos son sólo una mediación de la comunicación ente los actores (como el teléfono, algunos usos de Internet, etc.). Por otro lado, estas observaciones nos permiten apreciar lo atinado que pudiera ser la denominación de nuestro campo de estudio académico como ciencias de la información y de la comunicación; puesto que la “información” abarca esa parte de circulación mediática de mensajes y la “comunicación” el complejo de interacciones sociales y culturales en que se mueven los actores. Y es precisamente dicha denominación lo que

nos permite pasar al segundo punto de esta comunicación. ¿Es legítimo hablar de “ciencias” de la información y de la comunicación?

5. El estudio de la comunicación ¿ciencia u otro?

Resulta un poco cansado retomar el debate del estatus o no de la comunicación como ciencia, ya que éste se revela viejo y desgastado, aunque también vigente; aún se observa una falta de legitimidad de este campo en relación con otras ciencias, y un desacuerdo al respecto entre los mismos estudiosos de la comunicación.

5.1 El estatus científico de lo social

En un primer momento, esta falta de legitimidad puede explicarse, en parte, en el hecho de que el estudio de la comunicación se ubica en el campo de las llamadas ciencias sociales y humanas, cuya fundamentación, apuntan José María Mardones y Nicanor Ursua (1982), ha sido problemática desde su aparición. Hace apenas más de dos décadas, estos pensadores catalanes pusieron sobre la mesa las siguientes preguntas:

[...]¿Son la historia, la psicología o la sociología ciencias o están todavía en situación de pre-paradigma científico? Y, si son ciencias, ¿qué clase de ciencias son? ¿Pueden ser fundamentadas como las ciencias naturales? Respecto a su instrumento metodológico, ¿tienen métodos propios y específicos o siguen la metodología de las ciencias naturales? (Mardones y Ursua, 1982: 8).

De manera general, estas mismas preguntas se aplican a la comunicación como objeto de estudio y, al igual que para las ciencias sociales y humanas, las respuestas a éstas no son unánimes. Esto significa, según Mardones y Ursua, “que no hay una epistemología ni desarrollada ni aceptada en las ciencias sociales” (1982: 8).

Antes de darnos por vencidos y aceptar la ausencia de construcción de conocimientos en el campo de las ciencias sociales y humanas, debemos tomar postura con respecto de “qué es ciencia”. Conscientes de que esta cuestión se rodea de una polémica aun más antigua y de mayor alcance que gira en torno al positivismo y al anti-positivismo, coincidimos con una de las conclusiones de Mardones y Ursua (1982: 32), para quienes:

Quizá sea un hallazgo ya alcanzado el rechazo de los exclusivismos. La explicación científica ni es sólo causalista, ni sólo teleológica o hermenéutica. El postulado de la complementariedad se va abriendo paso y transitando de un mero deseo a concreciones metodológicas justificadas, (Mardones y Ursua, 1982: 32).

En este mismo contexto, la comprensión de Karl Popper con respecto de la ciencia podría ayudar a ubicar el campo de estudio de lo social “dentro” o “fuera de”. Para este pensador:

Al principio de la ciencia, no hay fundamentos infalibles, sino problemas y un convencionalismo crítico que se apoya en la fe, en la fuerza crítica de la razón. Tampoco se puede pretender evitar el lenguaje ordinario y con ello los conceptos “no claros”. La ciencia no es posesión de la verdad, sino búsqueda incesante, crítica, sin concesiones, de la misma. (1971; citado en Mardones y Ursua, 1982: 24).

Lo anterior nos permite afirmar que el estudio de lo social está comprendido “dentro de”.

5.2 El estatus científico de la comunicación

En un segundo momento, una vez aceptado el estatus de las ciencias sociales como tales, habría que preguntarnos

¿cuáles son las circunstancias que no han permitido a la comunicación legitimarse como campo de estudio científico?

La comunicación, en tanto que campo de estudio, se ha venido construyendo a lo largo de la historia con las aportaciones de diferentes áreas del conocimiento provenientes de contextos muy variados. Como bien observan Armand y Michèle Mattelart (1995), en el transcurso de su elaboración, las ciencias de la información y de la comunicación se han visto acosadas por la cuestión de su legitimidad científica. “Esto ha llevado a buscar modelos de cientificidad, adoptando esquemas propios de las ciencias de la naturaleza adaptados a través de analogías” (Mattelart y Mattelart, 1995: 7).

En este contexto se desata la controversia; algunos investigadores afirman que la comunicación es una nueva ciencia, otros que es un nuevo paradigma, pero todos están de acuerdo en considerar que la comunicación es un objeto de estudio. Esto último permite afirmar, según Alain Larramée y Bernard Vallée (1991), que las ciencias de la información y de la comunicación constituyen un campo de investigación “social y académicamente reconocido” que está solidamente establecido en el dominio de las ciencias sociales.

Según estos investigadores canadienses, la comunicación es pues una ciencia multidisciplinaria, se inspira y pide prestado a varias disciplinas principalmente la biología, las matemáticas, la filosofía, la historia, la psicología, la lógica, la sociología, la lingüística, la antropología y la semiología. “La comunicación es entonces una ciencia ‘intersección’ cuya originalidad radica en su carácter trans, multi e interdisciplinario” (Larramée y Vallée, 1991: 77). Esta postura encuentra eco en las reflexiones de Felipe López Veneroni (1989), quien considera importante comprender que las “ciencias” sociales:

[...]no constituyen campos efectivamente separados unos de otros, como si la realidad estuviera constituida por sectores (económicos, políticos, sociales, etc.) claramente delimitados, sino que se refiere a diferentes procesos teórico-metodológicos que nos van permitiendo captar momentos específicos, particulares, de cómo se manifiesta la realidad social en su conjunto (López, 1989: 75).

Estamos lejos de apuntar, agrega López Veneroni, hacia una delimitación fronteriza de la comunicación como un campo del saber autosuficiente y ajeno a otros.

Lo que nos importa no es inventar una ‘ciencia’ de la comunicación, sino plantear los elementos fundamentales epistemológicos necesarios para acceder científicamente a la determinación de este fenómeno (López, 1989: 21).

De este modo, además de posicionarse como un campo de estudio en ciencias sociales, como lo señalan Larramée y Vallée, también es legítimo utilizar la apelación de “ciencias de la comunicación”. De acuerdo con los canadienses, el investigador catalán Manuel Parés i Maicas complementa, “es muy difícil hablar de la comunicación como ciencia en un sentido singular, ésta puede ser planteada desde diferentes perspectivas y origina diferentes especialistas” (2008).

De lo anterior se deriva que Armand Mattelart considere que lo que aquí pretendemos identificar como “ciencias de la información y de la comunicación” se caracteriza por su juventud y transversalidad. Según este investigador belga, estas particularidades constituyen al mismo tiempo una cualidad y un desafío. La cualidad es que estas ciencias están menos “atiborradas” que otras por tradiciones paralizantes. Y, su desafío, es el de construir su autonomía (más no independencia) conceptual y

metodológica, el de elaborar cuestiones pertinentes y fuentes de investigación productivas (Mattelart citado en Jacquinet, 2001: 396).

Podemos decir que los estudiosos de ciencias de la comunicación han asumido este desafío y trabajan en la consolidación de teorías y metodologías que, aunque se encuentran en interdependencia con otras disciplinas, procuran un ángulo de análisis principal: el de la comunicación.

Alain Larramée y Bernard Vallée (1991) proponen tres ejes principales de investigación en comunicación. El primero estudia “Los aspectos sociales y culturales de los medios de información y de comunicación”. Este eje se enfoca, por un lado, en las problemáticas de los medios llamados tradicionales como la radio, la televisión, la prensa y el cine. Por otro lado, estudia las llamadas ‘nuevas tecnologías de la información y de la comunicación’, como son las diferentes aplicaciones de la telemática. El segundo eje estudia “el contenido de los mensajes mediatizados”. Se trata de análisis de contenido o de discurso. También se refiere al análisis semiológico, que estudia lo sistemas de signos lingüísticos e icónicos. El tercer eje se refiere a “La comunicación organizacional”, aquí la organización constituye un terreno propicio para el estudio de la comunicación, pues es una abstracción que se concretiza únicamente a través de la comunicación de mensajes orales, escritos, no verbales e informáticos (Larramée y Vallée, 1991: 84-100).

Estos tres ejes presentados hace casi dos décadas no agotan las posibilidades de estudios en comunicación, hoy pueden ser alimentados por otras propuestas. Se puede plantear particularmente un cuarto eje conformado por el estudio de los procesos de comunicación humana inmersos en la conformación de culturas y sociedades, al margen o no de las tecnologías de comunicación.

5.3 ¿Qué se estudia en el campo de la comunicación?

Podemos decir que la comunicación es una ciencia joven, pero la comunidad de estudiosos trabaja a nivel nacional e internacional para consolidar sus bases teóricas y metodológicas y con ello hacer una investigación productiva. Sin tener a menos la labor que desarrollan otros autores y otras asociaciones nacionales, regionales e internacionales, que se ocupan de la comunicación como objeto de estudio, citamos en seguida algunos ejemplos que muestran el trabajo de los estudiosos de este campo.

Por un lado, investigadores de diferentes universidades de México están interesados en el desarrollo de la epistemología de la comunicación. Una de las publicaciones que da cuenta de esta labor académica es *Cien libros hacia una comunicología posible* de Luis Jesús Galindo Cáceres, Tanius Karam Cárdenas y Marta Rizo García (2005).

También en nuestro país, el Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC) congrega a gran parte de la comunidad de estudiosos de dicha disciplina y a las instituciones educativas a las que estos últimos pertenecen. Las áreas temáticas que concentran la atención de esta organización son principalmente: industrias mediáticas, institucionalización, política, ética,

estudios culturales y comunicación administrativa. Según María Antonieta Rebeil Corella (2006):

La temática que más atrae a los comunicólogos es la de industrias mediáticas, que abarca la tercera parte de los trabajos recopilados por el CONEICC [hasta el año 2006]; en seguida está la de *ética* con más de una quinta parte del total, que incluye bajo sus rubros la problemática de los procesos de recepción; en tercer lugar están los estudios culturales que abarcan el 20% aproximadamente (Rebeil, 2006: 26).

Por otro lado, podemos decir que la Asociación Internacional de Estudios en Comunicación Social (AIECS) es la organización donde se concentran los investigadores y teóricos de la comunicación a nivel mundial. Sus miembros promueven la producción y difusión de una investigación de calidad en diferentes líneas. Las secciones que se manejan son: estudios de audiencias, comunicación tecnológica, comunicación comunitaria, género y comunicación, historia, comunicación internacional, redes escolares, derecho, medios de comunicación y deporte, educación y medios de comunicación, comunicación comunitaria participativa, psicología y opinión pública, comunicación política, economía política y profesionalización de la educación. También operan los siguientes grupos de trabajo: medio

ambiente, ciencia y comunicación; salud, tecnología y comunicación; comunicación y SIDA; ética de la sociedad y de la comunicación; políticas europeas de medios públicos de difusión; políticas globales de medios de comunicación; islamismo y comunicación; análisis de producción de medios de comunicación; cultura popular; arte cómico y, por último, medios de comunicación, religión y cultura.

Conclusión

Lo que se busca con estas reflexiones, no es meter a la comunicación como objeto de estudio en una camisa de fuerza con la etiqueta de “ciencias”, sino de proponer algunos elementos que nos permitan entender nuestro objeto de estudio en un sentido amplio (desde su concepción “primera” hasta su concepción mediática) y no reducido, como frecuentemente sucede, a los medios de comunicación. La propuesta de pensar nuestro quehacer académico bajo la denominación de “ciencias de la información y de la comunicación” permitiría, por un lado, identificar los procesos de forma más concreta en lo que a uno u otro se refiere y, por otro lado, nos induciría a cuidar el rigor científico (no en el sentido positivista sino social) de nuestros procedimientos de investigación, independientemente del enfoque teórico-metodológico que decidamos utilizar.

objetivo

Bibliografía

De Fleur, M. (1966). *Theories of Mass Communication*. D. McKay, New York.
Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, <http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_

BUS=3&LEMA=comunicación> (5 de agosto de 2008)
Habermas, J. (1968). *La ciencia y técnica como “ideología”*. Rei, México.
Galindo, L. J., T. Karam y M. Rizo (2005).

Cien libros hacia una Comunicología posible. Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México.
Jacquinot-Delaunay, G. (2001). “Les Sciences de l’Education et de la Com-

- munication en Dialogue: à Propos des Médias et des Technologies Éducatives”, *L’année sociologique*, “Sociologie de la communication”. Vol. 51, Núm. 2. France.
- Larramée, A. y B. Vallée (1991). *La Recherche en Communication, Éléments de Méthodologie*. Télé-université, Presses de l’Université du Québec, Québec.
- Lasswell, H. (1948). “The Structure and Function of Communication in Society” en Lyman B. (editor). *The Communication of Ideas*. Institute for Religious and Social Studies, New York.
- López, F. (1989). *La ciencia de la comunicación: Método y objeto de estudio*. Trillas, México.
- Mardones J. M. y N. Ursua (1982). *Filosofía de las ciencias humanas y sociales*. Ediciones Coyoacán, México.
- Mattelart, A. y M. Mattelart (1995). *Histoire des Théories de la Communication*. La Découverte, Paris.
- Nosnik-Ostrowiak, A. (1996). “Linealidad, dinamismo y productividad : tres concepciones de la comunicación humana y social”, *Razón y Palabra*. Año 1, Núm. 1, enero-febrero. ITESM, México. <<http://www.cem.itesm.mx/dacs/publicaciones/logos/anteriores/n1/nosnik1.html>> (6 de abril de 2008).
- Parés I Maicas, M. (2008). *Entrevista en la Conferencia Internacional de la AIECS 2008*. Suecia, Stockolms Universitet, 22 de julio de 2008.
- Rebeil, M. A. (2006). *XIII Anuario de investigación de la comunicación CONEICC*. Universidad Iberoamericana, Santa Fe, México.
- Rey, A. (Coord.) (1998). *Le Robert : Dictionnaire historique de la langue française*. Dictionnaires Le Robert, Paris.
- Shannon, C. E. y W. Weaver (1948). *The Mathematical Theory of Communication*. University of Illinois Press, Urbana, Illinois.
- Tremblay, G. (1995). “La sociedad de la información, del Fordismo al Gatedismo”, *Conferencia Southam presentada en Montreal el 3 de junio de 1995*. Universidad de Québec, Québec.
- Wolton, D. (2000). *Internet, et après? Une théorie critique des nouveaux médias*. Flammarion, Paris.

La revista en la que los estudiantes universitarios discuten las ideas de la ciencia contemporánea

CIENCIA Y CULTURA
elementos
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

www.elementos.buap.mx

CIENCIA Y CULTURA
elementos
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

Revista trimestral auspiciada por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

www.elementos.buap.mx